

HOMENAJE A DON JOSÉ ECHEGARAY

HERALDO DE CASTELLÓN no podía permanecer indiferente al entusiasmo fervoroso que en España y en todo el mundo civilizado han producido los triunfos alcanzados por el egregio autor de El gran Galeote, y se asocia gozoso al homenaje de admiración que se tributa al insigne autor dramático, al poeta lírico y al ilustre hombre de ciencia, dedicando este número, modestísima hoja de laurel en la espléndida corona de oro que ciñe hoy la frente del glorioso e indiscutible representante de la intelectualidad superior española. Pues quien ha conquistado el sufragio universal del aplauso, legítimamente la patente de genio con el premio Nobel, tiene derecho a esta hermosa consagración de reconocimiento, de acendrado cariño y rendida admiración, porque a despecho de los eternos detractores, EcheGARAY simboliza algo grande que se eleva por cima de todo, que destaca con relieve soberano, representa a la España culta en el extranjero: es un sabio, una celebridad universal.

Admiramos a EcheGARAY como dramaturgo, le admiramos como poeta, como matemático; pero esta admiración se acrecienta, porque siendo todo esto, literato y hombre de ciencia a la vez, lo es en proporciones prodigiosas, y porque en la multiplicidad de sus talentos y complejas aptitudes, su mentalidad poderosa triunfa en las más opuestas y encontradas direcciones.

HERALDO DE CASTELLÓN se asocia honradísimo a la general manifestación de cariño que se rinde al preclaro patriota, prez y orgullo de España, y desea al ilustre anciano larga y feliz longevidad para que siga asombrando al mundo entero con los destellos vicisimos de su genio peregrino y creador.

HERALDO.

ECHEGARAY

Nuestra publicación se asocia al homenaje que la Patria tributa a uno de sus hijos más eximios, con motivo del premio conquistado entre todos los sabios y benefactores de la humanidad. EcheGARAY, por lo múltiple de sus conocimientos y lo variado de sus aptitudes, pertenece a esa raza de intelectuales que van señalando en todos los pueblos las etapas del progreso humano.

Como Galdós y Castelar, EcheGARAY no nos pertenece exclusivamente y su fama es patrimonio y orgullo de toda la raza latina.

Seguir la vida de EcheGARAY y de sus obras es hacer el proceso del progreso de su patria y quizás el de su raza en el pasado siglo XIX. Romántico, creador, personal, él es algo más que un poeta y un autor dramático, es el espíritu de la España que vivieron nuestros padres y hemos vivido en parte nosotros. Sus grandezas y sus miserias reflejense en la obra de EcheGARAY, sublime a veces, vulgar a trechos, pero en lo hondo compleja, variada y extensa como el corazón del hombre.

Hermano su talento del de Hugo, si no llega a la grandeza casi única de éste, acércasele en algunos momentos, superándole en la sátira.

EcheGARAY, como todos los privilegiados, es múltiple en condiciones y aptitudes. Político, economista, matemático y poeta, es, sobre todas esas cosas, autor dramático, creador de un mundo ficticio que refleja la potente armonía de un cerebro que reviste artificiosamente sus tesis para convencer y seducir con el gesto soberano de su trágica musa.

Los jóvenes de hoy, los que influidos por los nuevos apóstoles modernos, buscan en el teatro la vida como ella es, menuda y triste, dolorosa y pésima, sin arrojarse a sus naturales cauces, sienten por el teatro de EcheGARAY instintiva antipatía, culpándolo de dislocado y antihumano; los jóvenes de la presente generación literaria no le perdonan el que huya de la verdad para fingirla con todo un mundo de fantasmas y de autómatas que proceden siempre contra la lógica corriente y viviente.

Así es y en parte tendrían razón sus acusadores si para el juicio bastara el examen de la obra con separación del medio. Pero creemos modestamente que EcheGARAY, creando su teatro tal como es, responde el sentido psicológico de su tiempo, y que como Dumas y Hugo, él procedió del único modo que podía y dentro de esa trayectoria de la que no puede separarse el talento, sin escalar las alturas casi divinas de los superhombres.

El teatro de EcheGARAY es algo gran-

de y mágico, hecho con escoria y con oro, que puede asegurarse pasará, sin que nadie pueda negarle esa suprema chispa; es algo, que es en definitiva lo que marca lo extraordinario. Negar esto es casi ceguera.

Pasarán los pequeños y los medianos, los hoy glorificados y hasta adorados, porque para asegurar el fallo de la historia se necesita algo más que acertar, es necesario llegar a la cúspide, y cerca de esas cumbres está la obra de EcheGARAY, sin que nadie pueda hacerle descender; aun cuando amontone por millares los cargos y aglomere por millares los defectos.

Tengo ante mí nueve tomos de obras dramáticas de EcheGARAY, y aún me faltan las últimas. La labor del teatro echeGARAYANO, con sus arranques de lirismo calenturioso y sus supremos afines doloridos, todo aparece en las menudas letras de sus dramas. El genio de EcheGARAY es fecundo, sus obras innúmeras, sus personajes todo un mundo. Posee esa rica vena que heredó de sus antepasados Lope y Calderón, y como

ellos el creador puede enorgullecerse de su prole.

El libro talonario, La esposa del vengador, La última noche, En el puño de la espada, Un sol que nace y un sol que muere, O locura ó santidad, Morir por no despertar, El gran galeote, Vida alegre y muerte triste, Un crítico incipiente, Sic vos non vobis, Marina, El loco Dios... y muchas más hasta llegar a su última y bien reciente, A fuerza de arrastrarse—que ha sido el éxito de este año en el Español,—prueban sobradamente la facultad de ese manantial que no se agota, que de continuo fluye borbotando dolores, cantando la vida llevando la fecundidad de su estro al teatro castellano, al que viene nutriendo desde hace treinta años...

La especial manera de EcheGARAY, y por la que es más combatido, se caracteriza por lo rectilíneo de la concepción del poeta.

EcheGARAY construye el ideal edificio de sus creaciones como el arquitecto de su obra, y con un supuesto, casi siempre

audaz, emprende el camino, resuelto a llegar al fin que se propuso, haciendo que la ficción le obedezca sin vacilación, violentando a veces la verdad y llevándolo a los personajes, sea como sea, a la demostración de la tesis que se propuso resolver. Es quizás este su mayor y único defecto. Tiene en este punto gran semejanza el teatro de EcheGARAY con el de Victoriano Sardou, aun cuando es mucho más elevada y noble la manera de EcheGARAY, que se acoge a los momentos trágicos, buscando en ellos la mayor fuerza de sus éxitos.

Este teatro novísimo, que quiere que sea copia exacta de la vida, reflejo de los dolores y alegrías humanas, en los que el drama no es lo violento, si no lo que, por lo general, es cosa distinta; ese teatro que en España cuenta con un maestro, Galdós y algunos eminentes discípulos, y que ahora alienta en el teatro catalán con Iglesias, y antes apuntó aquí con Feliu y Codina, no es ciertamente el teatro de EcheGARAY, en el que los personajes nunca viven su vida, sino que el autor les regula las pa-

siones según su propósito, sin rendir tributo más que a la verdad subjetiva, es decir, interpretando la vida tal como ella es, no en sí, sino como la ve el espíritu de EcheGARAY. No poseemos autoridad suficiente para proceder como críticos, nos contentamos con juzgar como espectadores, y aun cuando por propio y natural instinto estamos conformes en absoluto con las orientaciones modernas, porque así lo sentimos y apetecemos, no por ello dejamos de reconocer que esto no priva de grandeza a la obra de EcheGARAY, como (usando de un símil) es grande el lápiz de Doré y el pincel de Goya aun cuando el uno y el otro tracen figuras alejadas de la verdad, y esbocen fantasmagóricas de su fantasía ardiente.

Y es que hay algo que puede esgrimirse como poderoso argumento del teatro echeGARAYANO y ese algo es la naturaleza ficticia y mentirosa del teatro mismo, en el que el espectador tiene que admitir infinidad de convencionalismos, bien lejanos de la verdad objetiva.

Es en la novela donde únicamente puede llegarse al estudio de la verdad como la verdad en sí misma requiere ser estudiada. En ella el creador, libre y soberanamente, llega a donde quiere sin límites ni decoraciones falsas; allí el espíritu alonda y el observador estudia, sin necesidad de desenvolver en rápidos síntesis lo que en la vida sucede.

Si el teatro es, y seguirá siéndolo por mucho tiempo, un medio de expresar lo bello y de acondicionar la verdad dentro de su falsedad, claro es que admitiendo un más o un menos, debemos reconocer que la ficción, si es bella, lo seguirá siendo aún a pesar de la falta de verdad y en contra de las corrientes modernas.

Y si la obra *Ibseniana* con todas sus falsedades y convencionalismos es admitida y glorificada, aún por los más desconocedores de ella, y se admite el teatro de Metternich y el de Annuccio como obra impercedera y bella, no alcanzamos a ver la razón por qué a EcheGARAY se le ataca, y lo que es más, que a EcheGARAY se le combate, negando en bloque una obra que es a todas luces muy bella y muy teatral.

Afirmada la obra dramática de EcheGARAY, quedamos únicamente eximios otras aptitudes de esa personalidad eminente, a la que hoy en estas columnas rendimos el homenaje debido.

Si romántica es la obra teatral de EcheGARAY en el teatro, romántica fue la obra del economista y del político.

Pertenece EcheGARAY al grupo de los creadores del libre cambio en España, y él, Rodríguez, Muret y Figuerola accirieron la generosa utopía de que el fenómeno comercial se derivara de la ética y que los pueblos debieran su bienestar al cambio sin limitación de sus productos y valores. «Generosa utopía! En ella y conjuntamente aparece el espíritu generoso del romanticismo, que olvida que es la vida lucha ferrea del débil contra el fuerte, en la que sólo la fuerza es realidad, siendo todo lo demás idealismo...

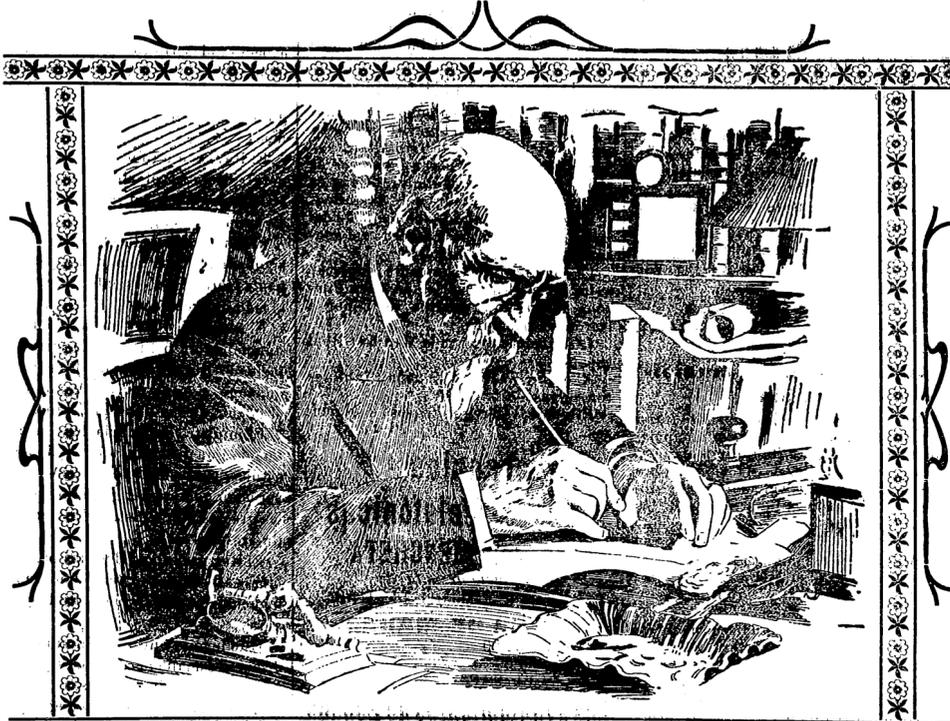
Los pueblos débiles en la lucha contra los poderosos no pueden abrir sus fronteras sin caer en la esclavitud. Aquella teoría, como la absoluta libertad en los principios de la contratación y del trabajo, pasaron como meteoas por la vida sin dejar más huella que la traza romántica que las engendró. EcheGARAY en política fue también un romántico impenitente. Leed sus discursos y veréis al poeta perseguir a la injusticia y a la tiranía con toda la poderosa fé de un convencional.

Cansado y vencido al fin, abandonó los parlamentos y se refugió en sus soledades en busca de amplios horizontes en los que desplegar sus alas de oro y volar por la serena región de los sueños y de las quimeras.

Aun queda en EcheGARAY otra cualidad que hace más curiosa y compleja la figura que enaltecemos.

EcheGARAY es un ingeniero eminente, un matemático de universal renombre. Sus obras científicas, todas merecidísimas son numerosas: *Teorías modernas de la Física, Unidad de las fuerzas materiales, Problemas de Geometría, Problemas de Análisis, Introducción a la Geometría superior, Teoría de determinantes, Cálculos de variaciones*, etc., etc.

Carecemos de competencia para intentar siquiera el análisis de la labor



DON JOSÉ ECHEGARAY Y EIZAGUIRRE

(NOTAS BIOGRÁFICAS)

Pretender hacer un acabado estudio crítico de su fecunda producción literaria es tarea superior a nuestra pobre inteligencia y por lo tanto nos limitaremos a trazar a grandes rasgos su biografía y enumerar someramente sus principales obras dramáticas que le han dado fama universal de dramaturgo eminente, hasta el extremo de haber merecido el gran premio Nobel, distinción que solo se concede a los sabios cuyo nombre, trasponiendo las fronteras de todos los países llegan a la categoría de genios cosmopolitas.

Don José EcheGARAY y Eizaguirre, nació en Madrid, el año 1833. Estudió filosofía en Murcia, trasladándose luego a Madrid donde en la Universidad se licenció en Matemáticas, siendo poco tiempo después nombrado profesor de Mecánica aplicada de la misma.

El año 1869 fue elegido por primera vez diputado por Oviedo. Fue Director general de Obras Públicas y luego Ministro de Fomento, pasando después de este departamento al de Hacienda.

A la abdicación de Amadeo I, formó parte del Ministerio llamado de conciliación, ocupando la misma cartera. En las primeras cortes de la Restauración, fue diputado y defendió las ideas democráticas; pero desde 1883, cuando Martos se hizo monárquico, se retiró de la política activa sin compromisos al menos con ningún partido de acción.

Es en la actualidad académico de número de la Real Academia Española. Figura en el escalafón del cuerpo nacional de Ingenieros de caminos, puentes y canales como ingeniero de primera clase.

De su inmensa producción dramática citaremos las obras más sobresalientes como son: «O locura ó santidad», «Como empieza y como acaba», «Lo que no puede decirse», «Los dos curiosos impertinentes», que forman una trilogía.

«Correr en pos de un ideal», «El libro talonario», «En el seno de la muerte», «En el Pilar y en la Cruz», «En el puño de la espada», «La esposa del vengador», «El Gran Galeote»; «De mala raza», «Dos fanatismos», «La peste de Otranto», «Mar sin orillas», «La realidad y el delirio», «Vida alegre y muerte triste», «El bandido Lisandro», «Un sol que nace y un sol que muere», «El gladiador de Ravena», «El conde Lotario», «La muerte en los labios» Conflicto entre dos deberes», «Lo sublime en lo vulgar», «Manantial que no se agota», «Marianas», «Mancha que limpia», «El Estigma», «La duda», «La escalinata de un trono», «El loco Dios», «Amor salvaje», el capricho cómico «Un crítico incipiente y recientemente ha estrenado con grandioso éxito una hermosa obra llamada por él modestamente farsa-cómica titulada «A fuerza de arrastrarse» en la cual a pesar de su ya avanzada edad, aún se observan los destellos de su fuerza creadora y el vigor de sus primeros

años de dramaturgo.

Teniendo solo ante la vista el catálogo de sus obras, él por sí sólo nos dice de manera evidente, la labor colosal que supone la creación de tal cúmulo de personajes, de ideas y problemas sociales que ellas en sí llevan, el oleaje avasallador de pensamientos sublimes, de conceptos e imágenes brillantes y en una palabra, el esfuerzo intelectual y físico que supone el continuo batallar, el incansante martilleo de ideas sobre el cerebro en busca siempre de alcanzar la belleza en lo trágico, en las pasiones, en el amor, en los odios y en todo aquello que anima el corazón y el alma humana; para darles vida real en la escena y hacer sentir hondo, subyugar voluntades, y arrancar lágrimas manantial que no se agota, del sentimiento.

EcheGARAY, no siendo dramaturgo insigne, sería ingeniero eximio y no siendo ni lo uno ni lo otro, sería electricista eminente.

Bajo los tres aspectos diferentes del saber, EcheGARAY, es digno del homenaje que la España culta le dedica y su solo nombre llenará una página entera del libro del Olimpo que con letras de oro lleva escritos los nombres de aquellos que por su poderosa mentalidad creadora de lo grande y lo sublime en todos los órdenes del Arte y de la Ciencia, han merecido el dictado de inmortales.

M. Montañés Avinent.

LO DEL DÍA

HOMENAJE A ECHEGARAY

España entera se ha asociado jubilosamente al merecido homenaje que se está rindiendo al esclarecido y fecundo autor dramático don José EcheGARAY.

Es una proclamación nacional de admiración al genio un hermoso concierto de entendimientos y voluntades. Una glorificación solemne que si honra al que se hace digno de ella enaltece y honra más al pueblo que la ofrece.

He aquí ahora lo que se telegrafa de Madrid respecto de los actos celebrados ayer.

La manifestación resultó grandiosa. A las cuatro y veinte minutos llegaron los manifestantes a la Biblioteca Nacional.

Allí esperaba el señor EcheGARAY de pie, apoyando un brazo en un sillón. A los primeros momentos aparecía tranquilo, saludando a cuantos le vitoreaban.

Pero a medida que han ido presentándose los grupos y aplaudiendo con entusiasmo, ha ido abandonándole la serenidad y ha sido presa de viva emoción.

Las aclamaciones sucedíanse sin interrupción.

Los grupos iban depositando sus estandartes al pie del edificio, formando artísticos y pintorescos pabellones.

María Guerrero, oculta detrás de una estatua de la escalinata, contemplaba con emoción vivísima aquel soberbio espectáculo.

El general señor Cerero entregó al señor EcheGARAY la cruz del Mérito Militar y la banda correspondiente.

El señor EcheGARAY se la colocó en el pecho, en medio de una ovación delirante que le hizo el público.

El señor EcheGARAY, aprovechando un claro, en el entusiasmo, abrazó al señor Cerero, diciendo que en su persona abrazaba a todo el ejército.

Nueva ovación. Cuando llegó el completo de la manifestación, el señor Canalejas pronunció el discurso ofreciendo el homenaje al ilustre dramaturgo.

Ha saludado al señor EcheGARAY, presentándole al pueblo que le rinde homenaje.

Dijo que el acto significa la fé y la confianza que tiene el pueblo en su esfuerzo.

Elogió a EcheGARAY, gran amante del trabajo, y dirige entusiástico saludo a Suecia.

«Luchemos por la libertad y el progreso.»

España se honrará universalmente contando con genios como EcheGARAY, Pérez Galdós, el centenario García y Ramón y Cajal.

Abogó por que se haga una patria grade, pero es preciso hacerla pronto para que EcheGARAY la cante.

Termina con un ¡viva EcheGARAY!

Es contestado con entusiasmo y la ovación es indescriptible.

El señor EcheGARAY saludó al pueblo, y dice que si le falta valor se lo dará la cruz del Mérito Militar que ostenta en su pecho.

Añadió que rendido por la alegría le queda aún fuerza para abrazarlos a todos, y termina diciendo:

«Rindamos homenaje al trabajo y al pueblo; homenaje a las glorias de España que trabajaron por acumular tantas glorias.»

El señor EcheGARAY fue vitoreado y aplaudido.

El ministro de Instrucción le abrazó. Lo propio hizo el señor Pérez Galdós. En su rostro se notaba visible emoción.

Los aplausos y vivas aumentaron. EcheGARAY tuvo que retirarse, pues la emoción le agobiaba.

El desfile resultó hermoso. Se calculan en 40.000 los manifestantes.

El señor EcheGARAY sufrió un pequeño vahído.

Los estudiantes, al pasar por los casinos y edificios particulares que se hallaban engaltonados, aplaudían con entusiasmo.

La velada celebrada en el Ateneo resultó brillantísima.

La única señora que ha asistido es la Perla Bazán.

En un extremo del banco destinado a la prensa conversaban animadamente, antes de comenzar el acto, los señores Maura y Silvela.

Al entrar don Alfonso ha habido aplausos.

A los lados de la presidencia figuran las hermosas coronas de la Asociación de la Prensa de Valencia y del ayuntamiento de esa ciudad.